

CAPÍTULO X

ESTUDIOS DE SEGURIDAD: DE LA VISIÓN TRADICIONAL A LOS ENFOQUES CRÍTICOS

KARLOS PÉREZ DE ARMIÑO

SUMARIO: 1. INTRODUCCIÓN. CARACTERÍSTICAS DE LA SUBDISCIPLINA. 2. LA VISIÓN TRADICIONAL Y ESTATOCÉNTRICA DE LA SEGURIDAD. 2.1. *La visión tradicional de la seguridad en las Relaciones Internacionales: realismo y liberalismo.* 2.2. *La visión tradicional estatocéntrica en la posguerra fría.* 3. EL CUESTIONAMIENTO DE LA VISIÓN TRADICIONAL DE LA SEGURIDAD DURANTE LA GUERRA FRÍA. 4. LA AMPLIACIÓN Y CRÍTICA DE LA AGENDA DE SEGURIDAD EN LA POSGUERRA FRÍA. 4.1. *La seguridad humana.* 4.2. *Los Estudios Críticos de Seguridad.* 5. CONCLUSIONES.

1. INTRODUCCIÓN. CARACTERÍSTICAS DE LA SUBDISCIPLINA

Los *estudios de seguridad* constituyen una de las principales subdisciplinas de las Relaciones Internacionales, las cuales siempre han prestado particular atención a las cuestiones relativas a la guerra, la paz y la seguridad. Implantados sobre todo en los EEUU, Europa y algunos otros países occidentales, surgieron tras la Segunda Guerra Mundial ante la necesidad de estudiar la rivalidad nuclear entre las dos superpotencias. A lo largo de la Guerra Fría, y más aún tras ella, han experimentado una notable evolución y diversificación teórica, dando lugar a un amplio número de enfoques muy diferentes entre sí en varios planos: el de la ontología, es decir, qué temas y fenómenos conforman la realidad estudiada (qué es la seguridad, cuál es su sujeto, qué amenazas sufre); la epistemología, referida a cómo comprendemos los fenómenos (cómo estudiar la seguridad, qué posible vínculo existe entre el concepto de seguridad y las relaciones de poder); y la metodología (qué herramientas y técnicas de análisis emplear).

Como decíamos, los estudios de seguridad se han desarrollado en el marco de la disciplina de las Relaciones Internacionales, nutriéndose de los debates teóricos habidos en ésta. Sin embargo, aunque perdura ese vínculo especial, con el tiempo y con la ampliación del concepto de seguridad a partir de la década de 1980, se han convertido también en un campo transdisciplinar que incorpora aportes de otras muchas disciplinas (economía, sociología, estudios de desarrollo, epidemiología, ecología, etc.).

No obstante, a pesar de lo impreciso de sus fronteras disciplinares y de la gran pluralidad de enfoques teóricos que abarca, los estudios de seguridad constituyen en sí un campo académico, cuya articulación gira en torno al concepto de seguridad. En efecto, el empleo de ese término fue uno de los principales

elementos distintivos de este campo cuando nació tras la Segunda Guerra Mundial, en contraste con los estudios de épocas precedentes centrados en la guerra, la defensa, la estrategia militar o la geopolítica. Ello se debió a que este campo surgió para analizar las nuevas condiciones geoestratégicas, que requerían estrategias para la disuasión nuclear más que para el uso de los medios militares. La adopción del concepto de seguridad permitió que el nuevo campo se abriera al estudio de una gama de temas políticos más amplios, no estrictamente ligados al combate militar pero sí relevantes para la seguridad nacional, así como a la participación de especialistas civiles¹.

Sin embargo, durante la Guerra Fría, y en menor medida después, gran parte de la literatura en este ámbito apenas ha reflexionado teóricamente sobre el significado del concepto *seguridad*, debido al predominio de trabajos empíricos y a que tal significado se daba por supuesto y no se cuestionaba. Además, buena parte de la producción durante la Guerra Fría no utilizaba el concepto de seguridad, sino otros relacionados (estrategia, disuasión, contención, riesgo, etc.). Es más, un enfoque específico, el de la investigación para la paz, utilizaba otro concepto que entendía contrapuesto, el de *paz*.

Pero desde mediados de la década de 1980, y más aún desde la década siguiente, se producen varios cambios importantes. Por un lado, el concepto de seguridad comenzó a ser objeto de una mayor discusión teórica, ontológica y epistemológica, en consonancia con la efervescencia de los debates en las Relaciones Internacionales. Por otro lado, la utilización del concepto se volvió más explícita por los enfoques estratégicos tradicionales, al tiempo que empezó a ser asumida también por la investigación para la paz y por otros nuevos enfoques críticos con aquéllos. En suma, el término seguridad, más utilizado y discutido que nunca, se convirtió en el eje de los debates entre enfoques teóricos diferentes y en el aglutinante que les proporciona cierta identidad compartida².

De este modo, resulta clave preguntarse ¿qué es la seguridad? En su sentido más abstracto suele definirse como la ausencia de amenazas a valores apreciados, especialmente aquellas que pueden poner en peligro la supervivencia del objeto referente (Estado, sociedad, individuo, etc.). Así, la seguridad no implica solo la mera supervivencia, sino también verse libre de amenazas que condicionan la vida, de forma que sea factible alcanzar determinados objetivos políticos y sociales³. Pero, más allá de esta definición genérica, sobre la seguridad existen concepciones muy diferentes, distinguiéndose entre las que la entienden como algo objetivo, subjetivo o discursivo⁴. La *concepción objetiva* de la seguridad, propia del enfoque tradicional, se refiere a la ausencia de amenazas materiales y militares concretas. La *concepción subjetiva* se centra en la ausencia del temor o sentimiento de amenaza, y busca complementar la visión objetiva con factores ideacionales que también inciden en las decisiones de los estados (percepciones

¹ BUZAN, B. y HANSEN, L., *The Evolution of International Security Studies*, Cambridge University Press, Cambridge, 2009, p. 12.

² BUZAN, B. y HANSEN, L., *The Evolution of...*, *op. cit.*, 2009, p. 13.

³ WILLIAMS, D. P., «Security Studies: An Introduction», en WILLIAMS, D. P. (ed.), *Security Studies: An Introduction*, Routledge, Londres, 2008, pp. 1 y 6.

⁴ Véase BUZAN, B. y HANSEN, L., *The Evolution of...*, *op. cit.*, 2009, pp. 32 y 33.

erróneas sobre las intenciones del oponente, vínculos de amistad o enemistad, cultura de las fuerzas armadas, etc.). Por último, la *concepción discursiva* considera que la seguridad no puede definirse en términos objetivos, sino que es un discurso construido (*speech act*) que, por ejemplo, puede ser utilizado por los Estados para implantar políticas excepcionales.

Como vemos, aunque inicialmente la seguridad era un concepto incuestionado cuyo significado se tomaba por dado, ya durante la Guerra Fría se convirtió en un término «esencialmente disputado», es decir, cuyo significado es inherentemente objeto de disputa porque no es posible una definición neutral⁵. No en vano, las diversas definiciones de la seguridad reflejan visiones contrapuestas del mundo, la sociedad y la política, encerrando diferentes implicaciones normativas y políticas. Así, la seguridad es un concepto profundamente político por sus contenidos; pero también por constituir una «poderosa herramienta política» que diferentes instituciones y grupos influyentes utilizan para definir las agendas políticas⁶: sirve para que los temas etiquetados como de seguridad ganen importancia en la opinión pública y en la acción gubernamental. De ahí la importancia no sólo de cuál es el significado de la seguridad, sino también de quién decide qué es la seguridad y cuáles son las amenazas. Por esta razón, los debates teóricos en este campo han venido condicionados a lo largo del tiempo por unas determinadas relaciones de poder político y académico, que han convertido en *mainstream* e impuesto determinados enfoques, mientras han tratado de excluir a otros. Además, el hecho de que gran parte de los trabajos en la materia se haya orientado al asesoramiento de gobiernos ha contribuido a la fuerte influencia que la política ha ejercido en la evolución, contenidos y perspectivas de los estudios de seguridad.

Como hemos avanzado, los estudios de seguridad han experimentado con el tiempo una notable evolución que ha generado una gran diversidad de enfoques teóricos. En primer lugar, cabe hablar de un *enfoque tradicional*, que fundó dicho campo, lo monopolizó durante casi toda la Guerra Fría bajo la modalidad de los *estudios estratégicos*, y sigue siendo todavía hoy el de mayor peso académico y político. Esta visión tradicional tiene una orientación estatocéntrica y militar, y adopta una epistemología racionalista y positivista. Sus fundamentos teóricos se basan en la corriente realista de las Relaciones Internacionales y, en menor medida, en la liberal.

Sin embargo, desde finales de la década de 1970 aparecieron nuevas corrientes que comenzaron a cuestionar tal enfoque tradicional, estatocéntrico y militar, mediante dos estrategias teóricas. Por un lado, la *ampliación* (*widening*) del concepto de seguridad, con la incorporación de nuevas dimensiones de ésta y de nuevos tipos de amenazas, más allá de los factores militares. Por otro lado, la *profundización* (*deepening*) del mismo, es decir, la consideración de otros referentes o sujetos de la seguridad diferentes del Estado, principalmente las personas⁷.

⁵ SMITH, S., «The contested Concept of Security», en BOOTH, K. (ed.), *Critical Security Studies and World Politics*, Lynne Rienner Publishers, Londres, 2005, p. 27.

⁶ BUZAN, B., *People, States...*, *op. cit.*, 1983, p. 370.

⁷ Los conceptos de *ampliación* y de *profundización* fueron propuestos por KRAUSE, K. y WILLIAMS, M. C. (eds.), *Critical Security Studies: Concepts and Cases*, UCL Press, Londres, 1997, p. 230.

Tal cuestionamiento fue iniciado a finales de la década de 1960 por el campo de la investigación para la paz y su concepto de *paz positiva*, y fue seguido después por la aparición, en la década de 1980, de los primeros *estudios críticos de seguridad* ligados a diferentes enfoques pospositivistas de las Relaciones Internacionales, así como del concepto de *seguridad humana* poco después.

Así pues, la evolución de los estudios de seguridad ha dado lugar, sobre todo tras el fin de la Guerra Fría, a una gran diversidad de perspectivas y a elaborados debates ontológicos, epistemológicos y metodológicos⁸. En opinión de Buzan y Hansen, tal evolución teórica ha venido estimulada por cinco factores o «fuerzas motrices», tanto internas como externas, materiales e ideacionales: la política de las superpotencias y los cambios en la distribución de poder entre ellas; la tecnología, sobre todo la nuclear; determinados eventos históricos; las dinámicas internas de los debates académicos; y la institucionalización de los estudios de seguridad (creación de redes, revistas, etc.)⁹.

Una dimensión importante de tal evolución teórica radica en los debates epistemológicos, que fueron escasos durante la Guerra Fría pero arreciaron desde la década de 1980. Así, existen hoy básicamente dos enfoques epistemológicos. Por un lado, el *racionalista o positivista*, partiendo de una concepción objetiva de la seguridad, se basa en la medición de factores materiales para verificar hipótesis empíricamente. Es propio de la mayoría de las perspectivas tradicionales, y se basa en la asunción realista de que los Estados son actores racionales cuyo comportamiento es previsible, que los críticos cuestionan. Por otro, los *enfoques pospositivistas o reflectivistas* entienden que la seguridad, como las cuestiones sociales en general, no puede estudiarse con metodologías positivistas de causalidad o cuantificación, sino observando por ejemplo los procesos de construcción de las amenazas o las identidades¹⁰. Si el primer enfoque siempre ha predominado en los EEUU, el segundo se ha desarrollado sobre todo en Europa. Además, mientras que gran parte de los enfoques tradicionales se orientan a asesorar a las políticas gubernamentales en torno a problemas específicos, los pospositivistas formulan críticas de calado teórico a aquellas, al *statu quo* y a las relaciones de poder.

2. LA VISIÓN TRADICIONAL Y ESTATOCÉNTRICA DE LA SEGURIDAD

La visión tradicional de la seguridad, que dio origen a los estudios de seguridad y ha dominado estos desde entonces, se caracteriza por su carácter estatocéntrico y militar. Es decir, considera que el objeto referente de la seguridad es el Estado: hay que garantizar la seguridad de éste y su territorio, asumiéndose que de ello se derivará la seguridad de las personas. Además, entiende que la principal amenaza es una posible agresión militar de otro Estado, por lo que el

⁸ El análisis más exhaustivo de la historia intelectual y sociológica de este campo desde la Segunda Guerra Mundial hasta hoy es BUZAN, B. y HANSEN, L., *The Evolution of...*, op. cit., 2009.

⁹ *Ibidem*, pp. 48-61.

¹⁰ BUZAN, B. y HANSEN, L., *The Evolution of...*, op. cit., 2009, pp. 30-31, 35.

medio principal para conseguir la seguridad nacional radica en unas capacidades militares con las que defenderse y disuadir los ataques externos. Así, para ella los estudios de seguridad serían «el estudio de la amenaza, uso y control de la fuerza militar» por los Estados¹¹.

Esta concepción tradicional se corresponde a la establecida por los estudios estratégicos, campo que desempeñó un papel esencial al fundar los estudios de seguridad al comenzar la Guerra Fría y establecer los fundamentos que durante décadas dominarían los mismos. Igualmente, ha sido la visión dominante durante décadas en la disciplina de las Relaciones Internacionales, sostenida principalmente por el realismo con su asunción de que los Estados mantienen una permanente lucha por el poder en un sistema internacional anárquico. Ahora bien, en lo fundamental, la visión tradicional de la seguridad es asumida también por los enfoques liberales, los cuales, a pesar de su hincapié en la cooperación interestatal, están ligados a una agenda estatal y militar¹².

Los estudios estratégicos se implantaron principalmente en los EEUU, donde fueron generosamente financiados por el gobierno y diferentes instituciones privadas, y en menor medida en el Reino Unido y Francia. Nacieron ya en la década de 1940 para orientar la implicación estratégica de los EEUU como potencia global, pues la Guerra Fría y las armas nucleares crearon un escenario nuevo que requería nuevas teorías. Su edad de oro llegaría en las décadas de 1950 y 1960, con una serie de libros clásicos que establecieron las formulaciones básicas sobre la disuasión nuclear¹³.

Así, los estudios de seguridad, en forma de estudios estratégicos, surgieron tras la Segunda Guerra Mundial como un campo específico, pero para la década de 1960 éste se había integrado en la disciplina de las Relaciones Internacionales, debido a que compartía con ésta especialistas, publicaciones, institutos, etc. Aunque se edificó sobre una tradición precedente de la ciencia militar, tenía perfiles diferentes con una orientación más amplia. En efecto, el nuevo campo se articulaba en torno al concepto de «seguridad», que a diferencia de los anteriores de «guerra» y «defensa» era más inclusivo y agrupaba aspectos militares y no militares. Esto abrió las puertas a la contribución de diferentes expertos civiles (físicos, economistas, médicos, ingenieros, etc.) que aportaron sus conocimientos y métodos al pensamiento estratégico. No obstante, desde mediados de la década de 1950, las cuestiones domésticas y no militares retrocedieron y los estudios de seguridad acabaron ciñéndose al estudio de las armas nucleares, la rivalidad de poder, la disuasión nuclear y la política de contención¹⁴.

Estos estudios estratégicos no entraron a discutir ni la conceptualización de la seguridad, ni tampoco cuestiones epistemológicas. A pesar de ello, recurrieron esen-

¹¹ WALT, S. M., «The Renaissance of Security Studies», en *International Studies Quarterly*, vol. 35, n.º 2, 1991, p. 212.

¹² PEOPLES, C. y VAUGHAN-WILLIAMS, N., *Critical Security Studies. An Introduction*, Routledge, Londres, 2010, p. 5.

¹³ Destacan, por ejemplo: KISSINGER, H., *Nuclear Weapons and Foreign Policy*, Harper, Nueva York, 1957; y OSGOOD, R., *Limited War: The Challenge to American Strategy*, University of Chicago Press, Chicago, 1957.

¹⁴ BUZAN, B. y HANSEN, L., *The Evolution of...*, op. cit., 2009, pp. 67, 99.

cialmente a métodos «científicos positivistas», en cuyo uso fueron pioneros durante su edad de oro antes de ser adoptados por parte de las Relaciones Internacionales¹⁵.

El fin de la Guerra Fría provocó que los temas analizados por los estudios estratégicos perdieran relevancia y que estos entraran en una grave crisis. No obstante, el enfoque tradicional de la seguridad pronto resurgió en torno a nuevos problemas.

2.1. LA VISIÓN TRADICIONAL DE LA SEGURIDAD EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES: REALISMO Y LIBERALISMO

Como decíamos, los estudios estratégicos y los estudios de seguridad en general nacieron ligados al realismo, corriente de las Relaciones Internacionales que ha ejercido una influencia central sobre aquellos y que les proporcionó sus asunciones fundamentales: *a)* una visión pesimista de la naturaleza humana, caracterizada por el egoísmo y la búsqueda del interés y seguridad particulares; *b)* una concepción del sistema internacional como anárquico y conflictivo; *c)* una posición estatocéntrica, que considera al Estado como actor esencial de las relaciones internacionales y como referente de la seguridad, que aquél tiene que garantizarse a sí mismo mediante la acumulación de poder; *d)* un enfoque material y militar, pues la seguridad requiere disponer de capacidades militares disuasorias; *e)* una epistemología positivista; y *f)* una perspectiva políticamente conservadora orientada a preservar el *statu quo*¹⁶.

La importancia del realismo en los estudios de seguridad ha perdurado a lo largo del tiempo y, de hecho, los enfoques críticos con la concepción tradicional de la seguridad se han definido en gran medida en oposición al mismo. Incluso acabada la Guerra Fría la tradición realista continúa siendo una de las más influyentes en este campo, gracias a su demostrada adaptabilidad a las nuevas realidades que podrían desmentir sus postulados¹⁷. En suma, esta corriente ha generado con el tiempo diferentes variantes que, compartiendo los rasgos básicos descritos, presentan algunos elementos distintivos en cuanto a su visión de la seguridad y los conflictos. Destacan las siguientes:

a) El *realismo político o clásico*, formulado tras la Segunda Guerra Mundial por autores como Morgenthau¹⁸. Entiende que la raíz del conflicto está

¹⁵ Entre tales métodos figuran los de cuantificación, la utilización de ordenadores para procesar bases de datos y elaborar modelos, o la teoría de juegos. Esta última, por ejemplo, permitía anticipar diferentes posibles escenarios de cooperación y conflicto entre los actores, por lo que fue útil para desarrollar la teoría de la disuasión nuclear. ZAGARE, F. C., «Game Theory», en WILLIAMS, P. D. (2008), *Security Studies...*, *op. cit.*, pp. 44-58.

¹⁶ Las políticas de seguridad basadas en esta perspectiva han servido de mecanismo para prevenir cambios sociales y políticos radicales, según WILLIAMS, D. P., «Security Studies:...», *op. cit.*, 2008, p. 3.

¹⁷ ELMAN, C., «Realism», en WILLIAMS, D. P. (ed.), *Security Studies: An Introduction*, Routledge, Londres, 2008, p. 26.

¹⁸ MORGENTHAU, H., *Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace*, A. A. Knopf, Nueva York, 1948.

en la naturaleza imperfecta y malvada del ser humano, la cual, ante la falta de un gobierno mundial que le ponga límites, genera una permanente lucha entre Estados por incrementar su poder.

b) El *neorrealismo*, fundado por Kenneth N. Waltz¹⁹ en 1979, atribuye la fuente del conflicto a la estructura anárquica del sistema internacional y al tipo de distribución de poder entre los Estados, principal determinante de sus políticas exteriores. Así, un sistema multipolar suele a ser más inestable y conflictivo que uno bipolar²⁰.

c) El *realismo estructural defensivo*, creado a finales de la década de 1980 por autores como Stephen M. Walt²¹. El comportamiento de los Estados no se explicaría solo por la distribución internacional de poder, sino que también actuarían otros factores domésticos e individuales, como las motivaciones de los Estados o las percepciones de los dirigentes: así, estos pueden malinterpretar como agresivas las políticas defensivas de otros Estados, generando una espiral de confrontación (o «dilema de seguridad»). Por ello, lo racional es que los Estados se contengan, busquen solo una cantidad «apropiada» de poder y no todo el posible, y establezcan tratados de control de armamentos²².

d) El *realismo estructural ofensivo*, liderado por John Mearsheimer, también ofrece una explicación estructural de las guerras. En un entorno internacional anárquico e incierto todos los Estados pueden ser agresores y, por ello, solo pueden confiar en si mismos para lograr su seguridad. Para alcanzarla deben acaparar todo el poder relativo (comparado con el de otros Estados) posible y, si pueden, la hegemonía regional e incluso global, recurriendo a la guerra cuando genere más ganancias que pérdidas²³.

e) Por último, el *realismo neoclásico*, encabezado por Randall Schweller, acepta que el comportamiento exterior de los Estados tiene como punto de partida la distribución de poder en el sistema; pero, a diferencia de los enfoques neorrealistas, sostiene que dependen en gran medida también de factores nacionales particulares: estructura e instituciones nacionales, procesos políticos internos, ideología, ambiciones y visión de los líderes, grado de cohesión social, etc. Estos factores motivan que algunos Estados adopten estrategias internacionales perturbadoras y agresivas²⁴.

Aunque el realismo ha sido la corriente teórica más determinante en los estudios de seguridad, también el liberalismo ha contribuido a los mismos con

¹⁹ WALTZ, K. N., *Theory of International Politics*, Addison Wesley, Reading (MA, EEUU), 1979.

²⁰ ELMAN, C., «Realism», *op. cit.*, p. 18; LAMY, S. L., «Contemporary Mainstream Approaches: Neo-realism and Neo-liberalism», en BAYLIS, J. y SMITH, S., *The Globalization of World Politics. An Introduction to International Relations*, Oxford University Press, Oxford (3.ª ed.), 2005, pp. 208-209.

²¹ WALT, S. M., *The Origins of Alliances*, Cornell University Press, Ithaca (NY, EEUU), 1987.

²² ELMAN, C., «Realism», *op. cit.*, p. 22; LAMY, S. L., «Contemporary Mainstream...», *op. cit.*, p. 211.

²³ MEARSHEIMER, J. J., *The Tragedy of Great Power Politics*, W.W. Norton, Nueva York (EEUU), 2001, pp. 140-162, 337-346; ELMAN, C., «Realism», *op. cit.*, p. 23.

²⁴ SCHWELLER, R. L., «Bandwagoning for Profit: Bringing the Revisionist State back in», en *International Security*, vol. 19, n.º 1, 1994, pp. 72-107; ELMAN, C., «Realism», *op. cit.*, pp. 25-27.

diversos enfoques y teorías, en especial desde las últimas décadas de la Guerra Fría. Estas aportaciones siguen ubicándose en el *mainstream* racionalista, basado en un concepto estatocéntrico y básicamente militar de la seguridad. Sin embargo, han realizado una contribución progresista, normativa y de gran influencia política al considerar que la seguridad puede y debe construirse no tanto mediante la acumulación de poder militar por cada Estado, sino en base a la cooperación entre Estados (organizaciones internacionales, derecho internacional, etc.) y la creación de mecanismos de *seguridad colectiva*. En la tradición liberal cabe distinguir cuatro grandes líneas de pensamiento sobre la seguridad:

a) El *liberalismo tradicional o kantiano*. Los fundamentos del pensamiento liberal sobre seguridad fueron establecidos por el filósofo ilustrado Immanuel Kant con su obra *Sobre la paz perpetua*, de 1795. Considera que existe una obligación moral para construir unas relaciones internacionales pacíficas, pues la guerra impide que las personas disfruten de sus derechos y libertades. Así, propone la adopción del modelo republicano por los Estados, el desarrollo del derecho internacional y la creación de una federación de Estados libres a modo de sistema de seguridad colectivo. Estas formulaciones, referentes durante siglos, han estimulado la creación de instituciones internacionales de paz y seguridad²⁵.

b) El *liberalismo económico o comercial*. Esta corriente, con raíces en la doctrina del libre comercio del siglo XIX, asume que los países con economía de libre mercado tienden a preferir la paz, pues los beneficios mutuos que aquél genera alientan la cooperación pacífica en vez del conflicto. Con tales postulados, la tesis de la *paz liberal* entiende que la globalización y su expansión del libre mercado contribuyen a generar vínculos pacíficos y estabilidad. Este enfoque ha inspirado desde la década de 1990 las agendas internacionales de ayuda y construcción de la paz en numerosos países, promoviendo la construcción de sistemas económicos y políticos de corte liberal²⁶.

c) El *liberalismo republicano o político*. Sostiene que la paz está ligada a la naturaleza interna del Estado liberal democrático. Su principal contribución es la tesis de la *paz democrática*, alumbrada por Michael Doyle²⁷ en 1983, según la cual en la historia los países democráticos no se han declarado guerras entre sí. Las causas de tal orientación pacífica radicarían en las características de las instituciones liberales (apoyo popular, división de poderes, mecanismos de control), que les inducirían a actuar con prudencia; así como en la propia cultura

²⁵ NAVARI, C., «Liberalism», en WILLIAMS, D. P. (ed.), *Security Studies: An Introduction*, Routledge, Londres, 2008, pp. 31-32.

²⁶ Sin embargo, la literatura crítica considera que tal inducción externa del modelo económico liberal ha fragilizado a los Estados y contribuido a la vulnerabilidad social, la inestabilidad política y las guerras civiles. Uno de sus principales cuestionamientos es el de DUFFIELD, M., *Las nuevas guerras en el mundo global. La convergencia entre desarrollo y seguridad*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2004 (1.ª ed. en inglés, 2001). Véase también: CAMPBELL, S., CHANDLER, D. y SABARATNAM, M., *A Liberal Peace? The Problems and Practices of Peacebuilding*, Zed Books, Londres, 2011.

²⁷ DOYLE, M. W., «Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs», en *Philosophy and Public Affairs*, vol. 132, n.º 3, 1983, pp. 205-235.

liberal, que alentaría la solución de conflictos mediante el diálogo y el compromiso²⁸. Este enfoque aboga por la expansión de los sistemas democráticos para conseguir la paz y ha ejercido gran incidencia en las políticas de los gobiernos occidentales y de las Naciones Unidas²⁹.

d) *El institucionalismo neoliberal*. Abanderado por Robert Keohane y Robert Axelrod³⁰, sostiene que las instituciones internacionales, si bien no pueden superar la anarquía del sistema sí pueden contribuir a su estabilidad y a mitigar los conflictos por varias vías: maximizando el logro de intereses comunes, estimulando la confianza y la cooperación, arbitrando en disputas o imponiendo sanciones.

2.2. LA VISIÓN TRADICIONAL ESTATOCÉNTRICA EN LA POSGUERRA FRÍA

Dado que la visión tradicional, estatocéntrica y militar de la seguridad se había conformado en relación a los desafíos de la Guerra Fría, la conclusión de ésta le planteó un desafío existencial. Arreciaron las dudas sobre su supervivencia en un escenario internacional en el que las amenazas militares perdían su preeminencia a favor de otros problemas. Tal cuestionamiento fue particularmente acusado en el caso de las visiones realistas, que entraron en declive al acabar la rivalidad nuclear, mientras que los enfoques liberales mostraron mayor capacidad para explicar el nuevo contexto mundial. El núcleo de tal visión tradicional eran los estudios estratégicos, pero a ellos se sumó en ese momento la denominada *investigación para la paz negativa*, que luego veremos³¹.

A pesar del serio reto que afrontaron, los enfoques tradicionales sobrevivieron mostrando una gran fortaleza y capacidad de adaptación a las nuevas realidades. En este sentido, el auge de los enfoques críticos a partir de finales de la década de 1980 hizo que su hegemonía se viera amenazada, y que se vieran obligados a defender sus posiciones estatocéntricas y militares que antes simplemente daban por supuestas, como algo natural. Así, en respuesta a los enfoques que abogaban por la ampliación y profundización del concepto de seguridad, las visiones tradicionales se vieron empujadas a realizar debates con-

²⁸ NAVARI, C., «Liberalism», *op. cit.*, 2008, p. 37.

²⁹ Sin embargo, esta perspectiva ha merecido numerosas críticas, que cuestionan por ejemplo el carácter pacífico de los países liberales por cuanto sí han emprendido guerras contra países no occidentales.

³⁰ KEOHANE, R. O., *After Hegemony: Cooperation and Discord in the World Political Economy*, Princeton University Press, Princeton (EEUU), 1984; y AXELROD, R., *The Evolution of Cooperation*, Basic Books, Nueva York (EEUU), 1984.

³¹ Aunque ambos sectores habían estado antes confrontados, al acabar la Guerra Fría la convergencia se hizo posible por cuanto la investigación para la paz dejó de centrarse en el concepto de paz, que había planteado como rival del de seguridad, para asumir este último. Además, la investigación para la paz negativa compartía con los estudios estratégicos una visión estatocéntrica y militar de la seguridad, una epistemología positivista, y el creciente desafío planteado por las nuevas corrientes que abogaban por ampliar y profundizar en el concepto de seguridad. Véase BUZAN, B. y HANSEN, L., *The Evolution of...*, *op. cit.*, 2009, p. 157.

ceptuales y teóricos internos que antes no habían llevado a cabo, planteándose cuestiones ontológicas (el concepto de seguridad y la agenda de investigación) y epistemológicas³². Por ejemplo, como hizo de forma destacada Stephen Walt, argumentaron que resultaba necesario que la seguridad siguiera siendo definida en clave estatocéntrica, pues el Estado constituye la mejor defensa frente a la inseguridad interna y externa, y en clave militar, para posibilitar que esté bien definida y sea útil para el análisis y la búsqueda de soluciones³³.

Así pues, la literatura tradicional reemplazó los viejos debates por otros pertinentes al nuevo sistema internacional resultante del fin de la bipolaridad de la Guerra Fría, como los relativos a la unipolaridad de los EEUU, la estrategia global que estos deberían desplegar, el auge del desafío militar de China y la pervivencia de la OTAN³⁴.

Igualmente, la literatura tradicional comenzó a prestar mucha más atención a los escenarios regionales de conflicto e inseguridad, antes casi olvidados o estudiados solo en relación a la confrontación bipolar³⁵. En esta línea, otra de sus adaptaciones consistió en comenzar a contemplar las amenazas internas (hasta entonces ignoradas) en los países del Sur, en particular las guerras civiles, incluyendo por tanto el papel de los combatientes subestatales (algo que antes se hubiera dejado a la sociología o a la ciencia política). Una de las principales discusiones giró en torno a si las viejas guerras interestatales habían dado paso a las denominadas *nuevas guerras*, con características distintivas³⁶. También cobraron fuerza los debates sobre las *intervenciones humanitarias* y los denominados *Estados frágiles* y *Estados fallidos* (*failed states*)³⁷.

Durante la década de 1990 cobró también una creciente atención el terrorismo, estimulado por el temor a que redes terroristas pudieran hacer uso de *Estados fallidos* o ser apoyados por los que controvertidamente fueron denominados *Estados canallas* (*rogue states*), pudiendo así controlar armas de destrucción masiva que habían quedado fuera de control al colapsarse la URSS. El terrorismo pasó de ser visto como un fenómeno interno a verse como una amenaza internacional relevante.

³² BUZAN, B. y HANSEN, L., *The Evolution of...*, *op. cit.*, 2009, p. 186.

³³ WALT, S. M., «The Renaissance of Security Studies», en *International Studies Quarterly*, vol. 35, n.º 2, p. 213.

³⁴ BUZAN, B. y HANSEN, L., *The Evolution of...*, *op. cit.*, 2009, pp. 166-168.

³⁵ Una de las regiones que más atención mereció fue el Oriente Medio, en torno a la Guerra del Golfo de 1990-91, el conflicto entre Israel y Palestina, e Irán. Los estudios sobre el Asia meridional se centraron en la proliferación nuclear, sobre todo en la confrontación entre India y Paquistán, y los relativos a África en las guerras civiles, las operaciones de paz y las intervenciones humanitarias. *Ibidem*, pp. 178-179.

³⁶ Algunas de tales peculiaridades serían, por ejemplo, su carácter intraestatal, la pluralidad de combatientes (ejércitos, señores de la guerra, paramilitares, etc.), y sus objetivos centrados en el lucro económico más que agendas políticas. Entre quienes proponen la existencia de tales nuevas guerras destacan: KALDOR, M., *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Tusquets editores, Barcelona, 2001; y MÜNKLER, H., *Las nuevas guerras*, Siglo XXI, Madrid, 2004.

³⁷ Una obra clásica en la materia es JACKSON, R., *Quasi-States: Sovereignty, International Relations and the Third World*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.

Por último, otro eje de la literatura tradicional desde principios de la década de 1990, como ya lo había sido en la Guerra Fría, giró en torno a la tecnología militar³⁸.

Más tarde, los atentados del 11 de Septiembre de 2001 y el posterior lanzamiento por el gobierno norteamericano de la denominada *Guerra Global contra el Terror* (en adelante, GGT) tuvieron una apreciable incidencia en los estudios de seguridad, tanto en los enfoques críticos, que luego veremos, como en los tradicionales. No en vano, la GGT ha cumplido durante años un papel de sustituto de la Guerra Fría como articulador de las políticas de seguridad. Así, hay quienes consideran, como Colin Elman, que ese nuevo escenario ha reforzado los enfoques tradicionales y su visión de la seguridad militar, y que ha dado un nuevo auge al realismo por su capacidad para abordar las amenazas a la seguridad internacional³⁹. Por el contrario, Barry Buzan y Lene Hansen consideran que su impacto ha sido exagerado, pues la mayoría de los debates de la agenda tradicional perduraron sin verse afectados, como los relativos a las causas de las guerras, la paz democrática, la seguridad en el Próximo Oriente y la tecnología militar. Otro debate que perduró, pero estimulado por la GGT y la ocupación de Irak, fue el relativo a la estrategia global de los EEUU, a su unipolaridad y su unilateralismo agresivo, y a si esto justificaba su consideración como un imperio⁴⁰.

Junto a dichas líneas de continuidad, diferentes temas cobraron auge tras el 11-S en la agenda tradicional. 1) La declaración de la GGT por los EEUU y su invasión de Irak estimularon de nuevo el interés académico por el uso de la fuerza y la guerra: su papel en la política internacional, la «guerra preventiva», la adecuación del concepto «guerra» cuando el enemigo no es un actor estatal, etc. 2) La relevancia de Al Qaeda suscitó debates sobre ésta y otros actores no estatales que desafiaban las premisas tradicionales basadas en el estatocentrismo y la racionalidad: esa organización es una red de individuos sin la estructura de un Estado o una guerrilla; y su racionalidad ha sido discutida (una cuestión determinante a la hora de aplicarles medidas de disuasión). 3) Se produjo de nuevo un auge de la literatura sobre la seguridad en el Oriente Medio, aplicada ahora al nuevo escenario: riesgo de proliferación nuclear, en particular en Irán, riesgo de posesión de armas de destrucción masiva por Al Qaeda, vínculo occidental con Israel, guerras de Irak y Afganistán, etc. 4) Por último, el 11-S supuso un gran auge de la literatura sobre el terrorismo, tema antes periférico que ahora pasó a convertirse en un eje central de los estudios de seguridad⁴¹.

³⁸ La preocupación principal se centraba ahora en la proliferación nuclear entre las nuevas potencias nucleares del Sur de Asia y el Próximo Oriente. También abundaron los estudios sobre la *Defensa contra Misiles Balísticos*, orientada a garantizar la defensa de EEUU principalmente frente a China y los consideramos *Estados canallas*. E, igualmente, los trabajos sobre la *Revolución en los Asuntos Militares (RMA)*, relativa a los avances tecnológicos en vigilancia, comunicación, procesamiento de datos, etc., que implicaban cambios importantes en la gestión de la guerra e incrementaba la ventaja militar de EEUU.

³⁹ ELMAN, C., «Realism», *op. cit.*, p. 20.

⁴⁰ BUZAN, B. y HANSEN, L., *The Evolution of...*, *op. cit.*, 2009, pp. 227-228, 239-243.

⁴¹ *Ibidem*, pp. 231-234.

3. EL CUESTIONAMIENTO DE LA VISIÓN TRADICIONAL DE LA SEGURIDAD DURANTE LA GUERRA FRÍA

El cuestionamiento de la visión tradicional, estatocéntrica y militar de la seguridad comenzó ya durante la Guerra Fría por parte de ciertos sectores de la academia. Por un lado, cabe mencionar algunas voces centradas en la seguridad de las personas y de los Estados del Sur y, sobre todo, la investigación para la paz. Su influencia intelectual y política fue escasa en aquel momento pero, sin embargo, esta última sentó algunas de las bases de las corrientes críticas que cobrarían fuerza desde la década de 1990. Por otro lado, destaca una importante contribución formulada desde el *mainstream* de los estudios de seguridad, que abrió las puertas a la posterior ampliación de su agenda. Se trata de la publicación en 1983 por Barry Buzan de *People, States and Fear*, obra que, aunque siguiendo la epistemología positivista dominante, cuestionó dos de los fundamentos básicos de la visión tradicional: la seguridad no era relativa solo a los Estados ni a la fuerza militar. El libro desarrolló un marco según el cual la seguridad se refería a colectividades humanas (no solo a Estados) y estaba marcada por factores en cinco sectores: militar, político, económico, social y medioambiental⁴².

Se puede afirmar que los cuestionamientos formulados a la visión tradicional de la seguridad en las últimas décadas giran en torno a una serie de preguntas clave⁴³, de gran calado ontológico, que son las siguientes:

a) ¿Qué es la seguridad y cuáles son las amenazas a los valores que nos son queridos? ¿Hay que expandir la seguridad más allá del sector militar y del uso de la fuerza? La visión tradicional defiende limitarse a temas relativos a los conflictos armados y al uso de la fuerza, y no abarcar otros temas por cuanto el concepto de seguridad perdería así coherencia y utilidad analítica. Sin embargo, los críticos con aquella han propuesto una *ampliación* del concepto de seguridad con la incorporación de otras amenazas importantes, la cual comenzó en la década de 1980 con la formulación de los conceptos de seguridad económica y seguridad medioambiental, y se intensificó tras la Guerra Fría con la incorporación de diferentes temas, como los de salud, género, etc. Muchas de estas amenazas son internas, y no solo externas, cuando la visión tradicional durante la Guerra Fría solo tuvo en consideración las últimas.

b) ¿Cuál es el sujeto referente de la seguridad? ¿Es la seguridad del Estado la que hay que garantizar? En el enfoque tradicional el Estado es el objeto referente, el que debe ser asegurado, asumiéndose que esa es la mejor forma de proteger a los individuos. Pero este planteamiento ha sido cuestionado por otras visiones. Primero, se constata que muchas veces los Estados son dema-

⁴² BUZAN, B., *People, States and Fear: The National Security Problem in International Relations*, Harvester Wheatsheaf, Londres, 1983.

⁴³ Sobre la formulación de tales preguntas, véanse: ROTHSCHILD, E., «What Is Security?», en *Daedalus. Journal of the American Association for the Advancement of Science*, vol. 124, n.º 3, 1995, pp. 53-98; BALDWIN, D. A., «The concept of security», en *Review of International Studies*, vol. 23, n.º 1, 1997, pp. 5-26; así como BUZAN, B. y HANSEN, L., *The Evolution of...*, *op. cit.*, 2009, pp. 12 ss.

siado débiles para garantizar la seguridad a su ciudadanía, o incluso le causan persecución e inseguridad. Segundo, frente a la visión realista basada en Estados rivales, una tradición normativa representada por varios enfoques en diferentes épocas (idealismo liberal, investigación para la paz, estudios críticos de seguridad) subraya que todos los seres humanos constituyen una comunidad con derechos universales, por lo que el objetivo es la paz mundial. Y, tercero, la antes mencionada ampliación de la idea de seguridad llama a replantearse quién debe estar seguro, pues algunas de las amenazas contempladas pueden afectar a otros actores diferentes al Estado. En conclusión, se ha ejecutado una estrategia discursiva de *profundización*, esto es, de cuestionamiento del Estado como sujeto central de la seguridad, que en la mayoría de los casos ha sido sustituido por el ser humano como «referente último» de la seguridad, en expresión de Ken Booth⁴⁴. Ahora bien, como veremos, algunos enfoques críticos adoptan excepcionalmente otros sujetos de la seguridad, como pueden ser las sociedades (grupos identitarios) o, incluso, la biosfera.

c) ¿Por qué medios garantizar la seguridad? La asunción mayoritaria de una amplia gama de amenazas no bélicas ha implicado un cuestionamiento de las capacidades militares y ha enfatizado la necesidad de políticas en diversos campos.

d) ¿Cómo debe estudiarse la seguridad? Este cuestionamiento de carácter epistemológico ha sido formulado por los enfoques críticos contrarios al positivismo, en base a que las preguntas arriba formuladas desafían dos postulados básicos de la visión tradicional: la seguridad no es una dimensión dada, objetiva e incuestionable, sino susceptible de múltiples interpretaciones; y, por consiguiente, los análisis sobre la misma no son neutrales desde el punto de vista político o moral.

Como decíamos, el cuestionamiento a la visión tradicional, encarnada por los estudios estratégicos, comenzó ya durante la Guerra Fría por parte de varios enfoques muy diferentes entre sí en lo conceptual y lo político. Uno de ellos fue el campo denominado *control de armas*, un espacio moderadamente crítico e intermedio entre los estudios estratégicos y la investigación para la paz. Sus temas prioritarios eran el control de las armas nucleares y la prevención de su proliferación, como medios que, aunque no suprimirían la rivalidad bipolar, sí podrían estabilizar la carrera de armamentos, reducir el riesgo de guerra e incluso, para un sector de esta corriente, allanar el terreno hacia el desarme. En suma, proponía una *détente* o distensión política entre las potencias, aunque su visión seguía anclada a las amenazas militares y externas⁴⁵.

Así pues, el desafío más relevante procedió de la *investigación para la paz*, un campo con visiones analítica y políticamente más radicales que emergió en las décadas de 1960 y 1970, distinguiéndose de los estudios sobre conflictos anteriores. Contó con una modesta implantación en los EEUU (donde predo-

⁴⁴ BOOTH, K., «Security and Emancipation», en *Review of International Studies*, vol. 17, n.º 4, 1991, p. 319.

⁴⁵ BUZAN, B. y HANSEN, L., *The Evolution of...*, op. cit., 2009, pp. 101, 112-113.

minaba una epistemología behaviorista y cuantitvista), arraigando sobre todo en Japón y Europa, en esta última gracias al peso de una epistemología más normativa y humanista, de las perspectivas académicas críticas, así como de los partidos de izquierda y los movimientos pacifistas. Sometió a crítica a los estudios estratégicos por su falta de racionalidad y de moralidad, denunciando que la estrategia de disuasión nuclear encerraba un riesgo de holocausto, que las dos superpotencias eran agresoras y mantenían a sus poblaciones como rehenes ante una posible confrontación, que la Guerra Fría era una formulación construida a conveniencia de los intereses de las élites de ambas superpotencias y, en definitiva, proponiendo que las armas nucleares debían ser no sólo controladas, sino eliminadas⁴⁶.

Un rasgo importante de la investigación para la paz es que no exploró el concepto de seguridad, sino otro que consideraba opuesto, el de *paz*. Este campo se bifurcó en dos ramas, centradas respectivamente en lo que Johan Galtung (1969), principal figura del mismo, denominó *paz negativa* y *paz positiva*⁴⁷. La centrada en la paz negativa, definida como la ausencia de guerra o violencia a gran escala, se dedicó a estudiar la seguridad militar (carrera y control de armamentos, desarme), proponiendo diferentes medidas para reducir la rivalidad bipolar, como los mecanismos de construcción de confianza, las negociaciones o los tratados de reducción de armamento. Ahora bien, dado que tomaba a los Estados como actores clave y frecuentemente utilizaba métodos cuantitativos, esta línea presentaba algunas semejanzas con los estudios estratégicos⁴⁸.

La otra rama se centró en la paz positiva, entendida como justicia social y como ausencia de *violencia estructural*, un concepto formulado también por Galtung que considera como una forma de violencia a aquellas injusticias sociales que limitan la realización del potencial de los seres humanos y que podrían ser evitadas⁴⁹. La formulación de este concepto fue importante, pues dotó de un fundamento teórico más radical a la investigación para la paz. En efecto, esta rama, con raíces en diferentes tradiciones de pensamiento (idealismo liberal, no-violencia gandhiana, análisis neomarxista de la economía global capitalista y la explotación imperialista Norte-Sur, estudios del desarrollo), amplió la agenda de investigación sobre la paz al expandir vigorosamente la gama de amenazas (pobreza, hambre, violación de derechos, etc.)⁵⁰. No obstante, su objeto referente eran las colectividades humanas, no el Estado, pero tampoco los individuos, los cuales cobraron relevancia sólo en la década de 1990.

⁴⁶ *Ibidem*, pp. 104-115.

⁴⁷ GALTUNG, J., «Violence, Peace and Peace Research», en *Journal of Peace Research*, vol. 6, n.º 3, 1969, pp. 167-191.

⁴⁸ LAWLER, P., «Peace Studies», en WILLIAMS, D. P. (ed.), *Security Studies: An Introduction*, Routledge, Londres, 2008, pp. 81-82; BUZAN, B. y HANSEN, L., *The Evolution of...*, *op. cit.*, 2009, pp. 102 y 119.

⁴⁹ GALTUNG, J., «Violence...», *op. cit.*, 1969, p. 169.

⁵⁰ GALTUNG, J., «A Structural Theory of Imperialism», en *Journal of Peace Research*, vol. 8, n.º 2, 1971, pp. 81-117. Véanse también LAWLER, P., «Peace Studies», *op. cit.*, 2008, pp. 83-85; y BUZAN, B. y HANSEN, L., *The Evolution of...*, *op. cit.*, 2009, pp. 102 y 123-124.

Así pues, la investigación para la paz positiva realizó diferentes aportes importantes a la evolución de los estudios de seguridad. Primero, en contraste con unos estudios estratégicos poco interesados en discutir el concepto de seguridad en sí mismo, mantuvo intensos debates conceptuales sobre el significado de la paz, sus implicaciones normativas, la relación entre la investigación y los gobiernos, y la epistemología a adoptar, que perduraron en las décadas siguientes. Segundo, contribuyó decisivamente a la ampliación de la agenda de seguridad, abriendo un proceso que facilitaría que en la década de 1980 surgieran numerosos estudios sobre la seguridad económica y medioambiental, y que encontraría su auge en la posguerra fría. Tercero, estableció una conexión entre dos campos, la investigación sobre paz-seguridad y los estudios de desarrollo, que se intensificaría tras el final de la Guerra Fría, por ejemplo con la aparición del concepto de seguridad humana. Cuarto, en su entorno se gestaron en la década de 1980, con aportes también de otras procedencias, dos nuevos enfoques específicos de los estudios de seguridad, el feminista y el postestructuralista, que ganarían relieve desde la década siguiente⁵¹. Y, quinto, contribuyó a la formulación del enfoque de la *seguridad común*, basada en la cooperación frente a amenazas globales⁵².

En conclusión, muchos de los debates sobre seguridad de la posguerra fría tienen sus orígenes en las décadas precedentes, sobre todo en la de 1980. Otro hecho importante en esta década es que se da un abandono paulatino del concepto «paz» por quienes lo habían utilizado, por considerarlo demasiado pretencioso, para adoptar el de «seguridad». De esta forma, a finales de la misma el término de seguridad era utilizado tanto por los estudios estratégicos tradicionales como por la investigación para la paz, lo que proporcionó un marco conceptual común que hacía factible el debate.

4. LA AMPLIACIÓN Y CRÍTICA DE LA AGENDA DE SEGURIDAD EN LA POSGUERRA FRÍA

El desafío al estatocentrismo militar que había lanzado la investigación para la paz se extendió en diferentes sectores, desde finales de la década de 1980, con la inclusión de nuevos temas en la agenda de seguridad y la profundización de su objeto referente más allá del Estado, en el marco de debates teóricos mucho más sofisticados. Además, el fin de la Guerra Fría dejó desfasados gran parte de los marcos teóricos y del lenguaje de los estudios de seguridad tradi-

⁵¹ BUZAN, B. y HANSEN, L., *The Evolution of...*, *op. cit.*, 2009, pp. 102-103, 128-129.

⁵² El enfoque de la *seguridad común* fue acuñado en 1982 por la Comisión Independiente sobre Temas de Desarme y Seguridad, presidida por Olof Palme. Su asunción era que las principales amenazas a la seguridad internacional provenían no de Estados individuales, sino de problemas globales que a todos afectaban (degradación medioambiental, carga de los costes militares, desigualdades, etc.). Así pues, unía la preocupación por el control de armas a otras relativas a la subsistencia de las personas. Además, se basaba en la idea de la cooperación y de la supervivencia conjunta, en lugar de en la amenaza de la destrucción masiva. Véase WILLIAMS, P. D., «Security Studies...», *op. cit.*, 2008, p. 6.

cionales, lo que durante la década de 1990 motivó un intenso debate teórico y político en torno a la reconceptualización de la seguridad, al calor de nuevas discusiones académicas en las Relaciones Internacionales⁵³.

Tal cuestionamiento de la visión tradicional de la seguridad se materializó en dos líneas teóricas diferentes: los *estudios críticos de seguridad*, en sí mismos muy diversos, y la *seguridad humana*⁵⁴. Ambas coinciden básicamente en su rechazo a la concepción estatocéntrica y militar de la seguridad, pero difieren en cuanto a la definición de la seguridad, los mecanismos para lograrla, sus implicaciones políticas y, en definitiva, su grado de crítica al *statu quo* y a las relaciones de poder político y económico. En suma, en la posguerra fría los estudios de seguridad presentan un mapa teórico sumamente plural y complejo, con una línea divisoria entre la visión tradicional y la de los enfoques partidarios de la ampliación y profundización de la agenda, pero también con discrepancias y debates entre estos últimos. Estos enfoques no tradicionales han ganado peso sobre todo en Europa, con lo que las diferencias entre ella y los EEUU observadas ya durante la Guerra Fría han perdurado y se han ampliado.

4.1. LA SEGURIDAD HUMANA

El exitoso concepto de la seguridad humana fue formulado y divulgado por el *Informe de Desarrollo Humano* del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) de 1994. A partir de entonces ganó una notable implantación primero en los círculos académicos e instituciones ligados al desarrollo y, más tarde, en una parte de los estudios críticos de seguridad⁵⁵. Su aparición fue fruto del nuevo contexto mundial, el orden liberal de la posguerra fría, con la expansión de nuevos valores en la agenda internacional (la revalorización en ella del individuo y de sus derechos cívico-políticos). Igualmente, fue fruto de la evolución teórica habida durante las décadas precedentes, tanto en el campo de la seguridad (con las propuestas para considerar las amenazas no militares y a las personas como referente de la seguridad) como en el campo del desarrollo,

⁵³ A la discusión sobre la seguridad y los medios para alcanzarla contribuyeron decisivamente varios documentos de las Naciones Unidas, como *Un Programa de Paz (Agenda for Peace)*, según el original en inglés, de 1992; y el *Informe del Grupo sobre las Operaciones de Paz de las Naciones Unidas*, o Informe Brahimi, de 2000.

⁵⁴ Cabría quizá añadir otra línea de pensamiento, la centrada en el *riesgo*, que tiene algunas conexiones con las dos citadas pero que suele ubicarse fuera de los estudios de seguridad. Iniciada por el sociólogo Ulrich Beck, considera que las condiciones existentes en la posguerra fría se expresan mejor en términos de riesgo que de amenaza e inseguridad. La sociedad industrial moderna sería una «sociedad del riesgo», caracterizada por fuertes riesgos cotidianos, como los medioambientales y los derivados de la tecnología, que son difíciles de controlar y generan incertidumbre. Véanse BECK, U., *Risk Society: Towards a New Modernity*, SAGE, Londres, 1992; y BECK, U., *World Risk Society*, Polity Press, Cambridge, 1999.

⁵⁵ Sobre los debates recientes en relación a la seguridad humana y su relación con diversos campos (estudios críticos de seguridad, seguridad nacional, derechos humanos, desarrollo humano, feminismo, construcción de la paz, etc.), véanse los diferentes capítulos de PÉREZ DE ARMIÑO, K. y MENDIA, I., *Seguridad humana. Aportes críticos al debate teórico y político*, Tecnos, Madrid, 2013.

sobre todo por su estrecho vínculo con el concepto de *desarrollo humano*, formulado también por el PNUD en 1990. En el plano teórico resultó determinante, además, la confluencia que se dio entre las agendas académicas y políticas en materia de seguridad y de desarrollo, tradicionalmente separadas. Este «nexo seguridad-desarrollo» reflejaba la creciente conciencia sobre una relación causal entre la pobreza y el conflicto armado y, por lo tanto, sobre la necesidad de satisfacer las necesidades básicas para prevenir éste a largo plazo. Tal conexión, que contribuyó decisivamente al proceso de ampliación del concepto de seguridad, había sido ya avanzada décadas atrás por el enfoque de la «paz positiva», y fue explicitada entre otros por John Burton en 1990⁵⁶.

Cabe hablar de dos enfoques diferentes de seguridad humana, el *amplio* y el *restringido*⁵⁷. El enfoque amplio se corresponde con la formulación inicial realizada por el PNUD y ha sido apoyado por el gobierno japonés y parte de la academia. En esta visión, la seguridad humana y el desarrollo humano se requieren mutuamente: la seguridad humana sería una situación en la que las personas estén libres de todas las amenazas a su integridad, de forma tal que se pueda garantizar el desarrollo humano, la vida y la dignidad. Así, encierra dos dimensiones: estar libres respecto del miedo (*freedom from fear*), es decir, exentos de la amenaza de violencia física; y estar libres respecto de las necesidades (*freedom from want*), o sea, tener cubiertas las necesidades básicas. Este enfoque de la seguridad humana persigue la seguridad física así como también el bienestar socioeconómico de las personas, por lo que pone especial énfasis en las amenazas de tipo socioeconómico, como la pobreza.

Posteriormente, durante la segunda mitad de la década de 1990, se conformó un enfoque restringido centrado en la dimensión de libertad respecto del miedo, esto es, en la protección física ante la violencia en contextos de conflicto así como en la prevención y resolución de los mismos, que dejaba de lado los factores relativos al bienestar y el desarrollo. Esta visión, promovida por parte de la academia con el respaldo de gobiernos como el noruego y el canadiense, se ha convertido en la hegemónica.

La noción de la seguridad humana ganó pronto una notable implantación tanto en el ámbito institucional como en el académico, sobre todo en la década de 1990. En el plano institucional ha sido incorporada, sobre todo en su versión restringida, al discurso y las políticas de desarrollo y humanitarias de diferentes agencias de Naciones Unidas, gobiernos de potencias medias y otras organizaciones. En cuanto al mundo académico, ha sido utilizada sobre todo en campos como los del desarrollo y la política exterior con un enfoque de «solución de problemas», aplicada a multitud de ellos (epidemias, hambre, pobreza...) a fin de dotarles de una mayor visibilidad y respuesta política. Tal uso normalmente no ha tenido interés en profundizar en su fundamentación teórica ni en dotarle de contenido crítico respecto al *statu quo* y las relaciones de poder. Ahora bien,

⁵⁶ BURTON, J., *Conflict: Resolution and Prevention*, Macmillan Press, Basingstoke (Inglaterra), 1990.

⁵⁷ Sobre la génesis, formulaciones y aplicación de la seguridad humana, véanse varios artículos en el monográfico sobre el tema de *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 76, 2007.

junto a ese uso mayoritario cabe añadir que una reducida parte de los estudios críticos de seguridad también ha empleado el concepto, incorporándolo a sus debates sobre el contenido de la seguridad y las amenazas, los intereses subyacentes, etc.

La perspectiva de la seguridad humana encierra diversas potencialidades⁵⁸. En el plano práctico destaca su apreciable presencia en diferentes círculos institucionales, y su consiguiente capacidad de interlocución e incidencia para alentar políticas progresistas en clave de justicia. Pero su principal aporte es de tipo conceptual y ontológico, pues frente al estatocentrismo tradicional convierte a la persona (su bienestar, libertad, derechos) en el sujeto de la seguridad, y pone así de relieve problemas y dimensiones de ésta habitualmente ignorados. En este sentido, la mayor parte de la literatura entiende que el Estado es un proveedor potencial de seguridad humana y que ésta es compatible y complementaria de la seguridad estatal, vista como necesaria pero insuficiente⁵⁹.

Otra de sus contribuciones, en su versión amplia, es que encarna la mencionada confluencia entre las agendas de seguridad y de desarrollo, facilitando la inclusión de los problemas del Sur en las discusiones sobre política y seguridad internacionales. También se ha subrayado su carácter normativo y ético, al evocar aspiraciones de justicia y dignidad, así como valores progresistas alternativos a los principios realistas tradicionales (cooperación internacional, derechos humanos, desarrollo como constructor de paz). Ahora bien, dicho contenido transformador tiene diferentes grados de radicalidad: algunos sectores abogan por un mero empoderamiento de los individuos, pero sin un cuestionamiento del *statu quo*; mientras que para otros la seguridad humana requiere la «emancipación» de todas las estructuras de poder opresivas y conculcadoras de la seguridad de las personas, como es el modelo económico neoliberal⁶⁰.

Pero la seguridad humana encierra también varias limitaciones y riesgos, según se le ha reprochado desde visiones tradicionales y, sobre todo, desde los estudios críticos de seguridad. Una primera objeción es que la seguridad humana, en su versión amplia original, al abarcar multitud de amenazas variopintas, es un concepto demasiado impreciso, difícilmente medible y, por tanto, poco útil para el análisis y para la política⁶¹. Así, con el argumento de dotarle de mayor concreción y operatividad política, parte de la academia promovió la mencionada visión restringida. Sin embargo, otro sector cuestiona que esta última, al minimizar la dimensión de desarrollo para ceñirse a la de seguridad, ha perdido potencial crítico y transformador.

⁵⁸ Sobre las potencialidades y riesgos del enfoque de la seguridad humana, véase PÉREZ DE ARMIÑO, K., «El concepto y el uso de la seguridad humana: análisis crítico de sus potencialidades y riesgos», en *Afers Internacionals*, n.º 76, 2007, pp. 59-77.

⁵⁹ Ésta es la posición, por ejemplo, de TADJBAKHSI, S. y CHENOY, A. M., *Human Security: Concepts and Implications*, Routledge, Londres, 2007, p. 167.

⁶⁰ En esta última línea: THOMAS, C., *Global Governance, Development and Human Security*, 2000, Pluto Press, Londres, p. 4.

⁶¹ PARIS, R., «Human Security: Paradigm Shift of Hot Air?», en *International Security*, vol. 26, 2001, pp. 87-102.

A la literatura sobre seguridad humana también se le reprocha su escasa fundamentación teórica y profundidad crítica. Al centrarse en la solución de problemas y en la orientación de políticas, rara vez aborda debates de calado ontológico y epistemológico sobre la seguridad y sus intereses subyacentes⁶².

Esta falta de consistencia teórica crítica habría facilitado que el enfoque haya sido cooptado por los Estados, desnaturalizado e incorporado a su discurso político hegemónico. En efecto, la mayor objeción de la literatura crítica a la seguridad humana, sobre todo a su visión restringida, consiste en que es un discurso que ha sido cooptado e instrumentalizado al servicio de la legitimación, configuración y expansión del nuevo orden hegemónico neoliberal de la posguerra fría⁶³, al ser utilizada para justificar una creciente injerencia de las instituciones y donantes internacionales en los países no occidentales⁶⁴. Sería así un instrumento de gobernanza global y seguridad mundial utilizado por Occidente para gestionar la inestabilidad y amenazas procedentes de las poblaciones del Sur⁶⁵. En definitiva, este sector es reticente e incluso hostil al concepto de seguridad humana, por considerarlo inútil para el análisis y para la formulación de propuestas transformadoras del *statu quo*, además de instrumentalizado y justificador del sistema vigente. Para otro sector, sin embargo, la versión amplia de la seguridad humana, con su componente normativo y ético, encierra aún potencialidades aprovechables para la incidencia política y la transformación de estructuras, proponiendo un acercamiento entre la misma y los estudios críticos de seguridad⁶⁶.

4.2. LOS ESTUDIOS CRÍTICOS DE SEGURIDAD

Junto al enfoque de la seguridad humana, la otra fuente actual de cuestionamiento del concepto tradicional de seguridad viene representada por los denominados *estudios críticos de seguridad*, implantados sobre todo en Europa.

⁶² NEWMAN, E., «Critical Human Security Studies», en *Review of International Studies*, n.º 36, 2010, pp. 87-89.

⁶³ CHANDLER, D., «Rethinking global discourses of security», en CHANDLER, D. y HYNEK, N. (eds.), *Critical Perspectives...*, *op. cit.*, 2011, pp. 83; RICHMOND, O. P., «Post-colonial Hybridity and the Return of Human Security», en CHANDLER, D. y HYNEK, N. (eds.), *Critical Perspectives on Human Security: Rethinking Emancipation and Power in International Relations*, Routledge, Londres, 2010, pp. 45, 48.

⁶⁴ Tal injerencia se estaría llevando a cabo a través de las políticas de cooperación y de reconstrucción posbélica basadas en la *paz liberal*, orientadas a imponer estructuras políticas y socioeconómicas de corte liberal. En algunos casos, además, la seguridad humana ha servido como justificación de las denominadas «intervenciones humanitarias», que bajo su discurso de protección de los derechos humanos esconderían intereses económicos y políticos de sus ejecutores.

⁶⁵ DUFFIELD, M., *Las nuevas guerras en el mundo global. La convergencia entre desarrollo y seguridad*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2004 (1.ª ed. en inglés, 2001), p. 28; DUFFIELD, M., *Development, Security and Unending War: Governing the World of Peoples*, Polity, Londres, 2007.

⁶⁶ En esta segunda línea, véase NEWMAN, E., «Critical Human...», *op. cit.*, 2010, pp. 77-94; y PÉREZ DE ARMIÑO, K., «¿Más allá de la seguridad humana? Desafíos y aportes de los estudios críticos de seguridad», en AAVV, *Cursos de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales de Vitoria-Gasteiz. 2011*, Tecnos, Madrid, 2013, pp. 235-308.

Aunque algunos (principalmente el posestructuralismo y el feminismo) nacieron ya en la década de 1980 en el entorno de la investigación para la paz positiva, la expansión del conjunto de ellos vino impulsada por los cambios derivados del final de la Guerra Fría y, más tarde, por los atentados del 11-S. Se trata de una serie de enfoques y escuelas vinculados a las diversas corrientes pospositivistas surgidas en este período en la disciplina de las Relaciones Internacionales, como son el constructivismo, la Teoría Crítica, el posestructuralismo, el poscolonialismo, el feminismo y la teoría verde.

Aunque se derivan de tradiciones intelectuales diferentes, les une su oposición a la visión tradicional de la seguridad en dos planos: en el ontológico, al cuestionar que la seguridad sea una realidad estática, objetiva, incuestionable y apolítica; y en el epistemológico, al negar la asunción positivista tradicional de que puede ser analizada de forma neutral y explicada mediante teorías universales y duraderas. Por el contrario, sostienen que la concepción tradicional responde a una interpretación determinada y sesgada del mundo, la de los académicos realistas occidentales, y que existen otras posibles formas de entender la seguridad y las amenazas, pues estas son socialmente construidas y representadas como tales por las instituciones, los media y otros actores. Esto encierra dos implicaciones importantes. Primera, la seguridad y las amenazas dependen no tanto de factores materiales (fuerza militar) como tradicionalmente se ha asumido, sino más bien de factores ideológicos y discursivos (creencias, identidades, percepciones, etc.). Segunda, por tanto, nuestra interpretación de la seguridad y de las amenazas depende en última instancia de nuestra visión del mundo y de la política, pues ésta delimita nuestra percepción de qué valores hay que proteger ante qué amenazas.

Otro de sus presupuestos básicos es que existe una relación entre el conocimiento o ideas dominantes, y las estructuras y relaciones de poder imperantes. Esto es, los discursos sobre seguridad reflejan y consolidan unas determinadas relaciones de poder a diferentes niveles (internacional, social, de género, etc.). Así, los estudios tradicionales de seguridad encierran un posicionamiento conservador y defienden intereses determinados bajo el falso argumento de que la seguridad y las amenazas son objetivas. Por el contrario, los estudios críticos no se orientan a la mera solución de problemas (*problem-solving*) en el marco del *statu quo*, sino a un radical cuestionamiento de éste en sus diferentes planos: estructuras, instituciones, intereses, relaciones dominantes de poder, discursos, normas y valores. Todos los enfoques críticos comparten una actitud de cuestionamiento en el plano teórico, y la mayoría de ellos, aunque no todos, asumen una perspectiva normativa de compromiso político transformador⁶⁷.

La mayoría de los estudios críticos de seguridad, con algunas excepciones, han seguido las dos estrategias de reconceptualización de la seguridad que ya hemos mencionado, esto es: la *ampliación* de la agenda de seguridad, incorporando al análisis numerosas amenazas no militares; y la *profundización* de la misma, por la que la mayoría de los enfoques han tomado como referente último

⁶⁷ En efecto, la Escuela de Copenhague tiene un carácter esencialmente descriptivo, y algunas visiones posmodernistas niegan que exista una fundamentación que permita sostener marcos políticos alternativos.

de la seguridad no al Estado sino al ser humano, aunque algunos han optado por las sociedades humanas (Escuela de Copenhague) o por la biosfera (la teoría verde). A diferencia del enfoque de la seguridad humana, estas dos estrategias las han sustentado con debates teóricos de notable calado ontológico y epistemológico, que profundizan en el significado de la seguridad y en los valores e intereses subyacentes a la concepción dominante sobre ella.

Estos debates sobre la ampliación y la profundización de la agenda, intensificados en la década de 1990, tuvieron continuidad tras los ataques del 11-S. De hecho, el 11-S y la Guerra Global contra el Terror (GGT) no alteraron muchas de las líneas de trabajo de esta literatura crítica, pero sí le plantearon el desafío de un nuevo escenario internacional en el que la violencia, lo militar y el Estado como referente de la seguridad volvían a ganar relevancia. En ese contexto, proliferaron los estudios críticos relativos a la construcción de los discursos sobre el terrorismo⁶⁸ y su instrumentalización política. Así, un importante eje de análisis se centró en la construcción por el gobierno estadounidense de un discurso de la GGT como una «guerra», en la utilización del mismo y en las importantes consecuencias que acarreó para las políticas nacionales e internacionales: militarización de la respuesta al terrorismo, incremento de los presupuestos militares, creación de una sociedad basada en la inseguridad y la sospecha, instrumentalización de los medios de comunicación, medidas de «excepción», restricciones a los derechos humanos, aumento de la brecha entre sociedades occidentales y no occidentales, etc.

Veamos a continuación, de forma somera, las características de las principales corrientes de los estudios críticos de seguridad⁶⁹.

La primera de tales corrientes está ligada al *enfoque constructivista* de las Relaciones Internacionales, cuyos postulados básicos son en buena medida compartidos por el conjunto de los estudios críticos. Subraya que las amenazas y la inseguridad no son objetivas y dadas, sino construcciones sociales derivadas de nuestro conocimiento y de los discursos que las representan como tales. Esto les lleva a priorizar los factores ideacionales (ideas, narrativas, normas, percepciones, identidades, etc.), frente a la concepción tradicional centrada en la capacidad militar y otros factores materiales. Ahora bien, el constructivismo abarca dos ramas, una convencional y otra crítica. El constructivismo convencional mantiene una concepción tradicional, estatocéntrica y militar de la seguridad, pero a diferencia del realismo trata de explicarla mediante factores ideacionales más que materiales⁷⁰. Por su parte, el constructivismo crítico le reprocha al anterior su estatocentrismo y su epistemología positivista, y se implica más en el análisis del concepto de seguridad y sus consecuencias

⁶⁸ Así, muchos trabajos han analizado la creación de una imagen del terrorista como un adversario ilegítimo, bárbaro, irracional y contrapuesto a los valores occidentales, imagen aplicada a los insurgentes en Irak y otros países para despolitizarles y legitimar la GGT.

⁶⁹ Como análisis del conjunto de los estudios críticos de seguridad, su tipología y evolución, cabe destacar: PEOPLES, C. y VAUGHAN-WILLIAMS, N., *Critical Security...*, op. cit., 2010.

⁷⁰ Implantado sobre todo en los EEUU, su obra de referencia es: KATZENSTEIN, P. J., *The Culture of National Security: Norms and Identity in World Politics*, Columbia University Press, Nueva York, 1996.

políticas. De forma similar al posestructuralismo, se centra en el análisis de las construcciones discursivas relativas a las identidades (de países o pueblos) y a los intereses, pues las políticas exteriores y de seguridad se basan en aquéllas y no en intereses objetivos⁷¹.

Los postulados constructivistas son la principal base teórica de la importante Escuela de Copenhague, liderada por Barry Buzan y Ole Wæver. Esta, sin embargo, presenta varias diferencias importantes con los demás estudios críticos⁷², tales diferencias son las siguientes: primera, su enfoque es más analítico que normativo; segunda, teme que la ampliación del concepto de seguridad pueda desnaturalizarlo y se opone así a que incluya cuestiones relativas al bienestar; y, tercera, evita centrar la seguridad en el individuo para no expandir excesivamente ese concepto, por lo que sigue prestando cierta atención a la seguridad del Estado y, sobre todo, a la seguridad de diferentes grupos sociales (*societal security*) cuya identidad pueda verse amenazada, por lo que a veces se le ha reprochado ser políticamente pasiva y conservadora. En cualquier caso, su análisis de la seguridad presta gran atención a la identidad así como a la construcción de discursos sobre amenazas, los cuales inciden en la adopción de medidas de emergencia. Su contribución más importante y más exitosa es la teoría de la *securitización*⁷³, un instrumento de análisis del proceso por el cual un determinado problema (epidemias, migraciones, etc.) es representado por ciertos discursos políticos o sociales como una cuestión de seguridad, como una amenaza. Esta teoría ha contribuido a una mejor comprensión crítica de la formulación de las políticas de seguridad y a advertir de los riesgos de la securitización, pues ésta conduce a una gestión de emergencia de los problemas que implica una pérdida de control democrático, un aumento del poder de las elites e, incluso, la militarización. Así, defiende una *deseuritización* de los temas, que permita su gestión política normal y no excepcional.

Una segunda corriente es la vinculada a la *Teoría Crítica* de las Relaciones Internacionales, heredera de los postulados de la Escuela de Fráncfort y de las ideas del marxista Antonio Gramsci, como la de vincular la teoría a la praxis para cambiar el mundo. Destaca en particular la *Escuela de Gales*, fundada por Ken Booth⁷⁴ y Richard Wyn Jones⁷⁵ en la Universidad de Gales, que está conectada tanto con dicha Teoría Crítica como con la investigación para la paz de décadas anteriores, y que fue pionera en la reformulación del concepto clásico de seguridad. Cuestiona tanto al Estado como a la estructura

⁷¹ Los referentes en este campo son Keith KRAUSE y Michael C. WILLIAMS, y en particular un libro editado por ellos, *Critical Security Studies: Concepts and Cases* (Routledge, Londres, 2007), que contribuyó decisivamente a la consolidación de los estudios críticos de seguridad.

⁷² BUZAN, B., WÆVER, O. y DE WILDE, J., *Security: A New Framework for Analysis*, Lynne Rienner, Londres, 1998, pp. 119-140.

⁷³ La obra de referencia sobre la securitización es: BUZAN, B., WÆVER, O. y DE WILDE, J., *Security...*, *op. cit.*, 1998.

⁷⁴ BOOTH, K., «Security and Emancipation», en *Review of International Studies*, vol. 17, n.º 4, 1991, pp. 313-326; y BOOTH, K. (ed.), *Critical Security Studies and World Politics*, Lynne Renner, Boulder (Co., EEUU), 2005.

⁷⁵ WYN JONES, R., «“Message in a Bottle?”. Theory and Praxis in Critical Security Studies», en *Contemporary Security Policy*, vol. 16, n.º 3, 1995, pp. 299-319.

económica global de corte neoliberal por causar inseguridad a las personas, y adopta en consecuencia un fuerte enfoque normativo que busca promover prácticas orientadas a la transformación social. En este sentido, su principal aporte consiste en identificar la seguridad con la *emancipación* humana ante toda fuente de opresión. Conciben la emancipación como la seguridad de las personas frente a diversas amenazas (guerra, pobreza, opresión política, etc.), el bienestar de aquellas y el empoderamiento de los tradicionalmente marginados y sin voz. El concepto de emancipación es un instrumento analítico y político orientado al cuestionamiento de la realidad social y política, así como a apoyar las luchas por un cambio radical en la distribución de poder para que las personas sean más seguras y libres, lo que se considera que redundará además en una mayor seguridad global.

Una tercera línea crítica, muy heterogénea y prolífica, es la del *posestructuralismo* —también abordado en este volumen—, implicado ya desde principios de la década de 1980 en los debates para repensar la paz y la seguridad. Entre sus raíces intelectuales destacan los análisis lingüísticos de filósofos franceses como Derrida, con su *deconstrucción* de conceptos, y de Foucault, con su análisis de los discursos dominantes. Su principal rasgo es la desconfianza hacia cualquier metanarrativa que trate de dar una interpretación coherente de la realidad, pues no cree en ésta sino en múltiples interpretaciones particulares de la misma. Además, considera que el lenguaje incide decisivamente en la forma de entender la realidad y en las políticas adoptadas, por lo que es una fuente de poder social. Esto le lleva a prestar una gran atención al discurso, las percepciones subjetivas, la especificidad de cada contexto y el detalle. Los trabajos posestructuralistas consideran que la seguridad, las amenazas y la identidad nacional no son objetivas y dadas, sino discursos sobre las mismas, por lo que se centran en el análisis del proceso de construcción de tales discursos⁷⁶, mediante la deconstrucción e interpretación de esas nociones clave; y, más recientemente, en el de los discursos sobre la excepcionalidad y la seguridad formulados en el contexto de la GGT.

Las visiones posestructuralistas plantean así un desafío radical, incisivo, controvertido y nunca concluido al pensamiento sobre la seguridad, a sus implicaciones políticas y normativas, y a sus vínculos con el poder. Ahora bien, a diferencia de otras corrientes, priorizan claramente la crítica discursiva sobre la praxis, por lo que se les reprocha que no tienen utilidad práctica para sustentar una acción transformadora.

Uno de los principales ejes de los trabajos postestructuralistas al acabar la Guerra Fría se centró en la función que para el Estado juega la imagen del enemigo. La construcción de un discurso sobre el «Otro» (*Other*), sea externo (estados o alianzas) o interno (grupos definidos por la etnia, raza, clase o género), caracterizado como diferente, inferior y amenazante, hace que las políticas de seguridad se dirijan contra él, al tiempo que permite construir una determinada imagen de uno mismo (*Self*). Destaca el trabajo pionero de David Campbell y su *Writing Security*, de 1992, centrado en los discursos estadounidenses sobre

⁷⁶ DILLON, M., «The Alliance of Security and Subjectivity», en *Current Research on Peace and Violence*, vol. 13, n.º 3, 1990, pp. 102.

el peligro soviético durante la Guerra Fría, que configuraron una determinada identidad estadounidense. En su opinión, las identidades de los Estados se (re)producen mediante discursos sobre el peligro, que requieren de enemigos potenciales y que delimitan una relación dentro/fuera, nacional/extranjero⁷⁷. Este gran interés posestructuralista en la construcción de identidades se ha plasmado más recientemente, por ejemplo, en estudios sobre el papel que las intervenciones humanitarias han jugado en la creación de un imaginario de Occidente como defensor de valores universales, utilizado para legitimar su actuación en el mundo.

Entre los temas preferidos de los posestructuralistas figura también la utilización de los discursos de seguridad por los gobiernos al servicio de la vigilancia de la población, algo que aumentaría tras el 11-S. En este terreno relativo a la relación entre seguridad y libertad cabe destacar a la Escuela de París. Basada en la sociología política internacional, se ha especializado en el análisis de las prácticas de seguridad de los profesionales en la materia (policías, militares, etc.), así como de las medidas de control social implementadas gracias a la sensación de inseguridad estimulada por la GGT⁷⁸.

Uno de los conceptos más utilizados por la literatura posestructuralista, así como por la poscolonial, es el de *biopolítica global*, una aplicación al ámbito internacional del concepto de *biopolítica* formulado por Foucault para una comprensión crítica del papel del gobierno y del poder⁷⁹. El concepto de biopolítica global, referido a las estrategias de gobernanza de los problemas de la vida humana a escala transnacional, es una herramienta para el análisis crítico del sistema internacional y de la gobernanza global neoliberal de nuestros días, de sus actores, normas y relaciones de poder. En particular, permite desvelar la naturaleza, instrumentos y consecuencias del poder tanto material como ideacional del sistema global, algo que olvida el *mainstream* neoliberal⁸⁰.

Quizá la formulación más elaborada en torno a la biopolítica global sea la de Mark Duffield, quien la ve como un mecanismo hegemónico de gobernanza y de seguridad mundiales basado en actuaciones realizadas por Occidente para asegurar, desarrollar y proteger a las sociedades de la periferia, reconstruyendo Estados y satisfaciendo necesidades, pero con el objetivo final de contener las amenazas procedentes del mismo (conflictos, criminalidad, terrorismo) para

⁷⁷ CAMPBELL, D., *Writing Security: United States Foreign Policy and the Politics of Identity*, Manchester University Press, Manchester, 1992 (ed. rev., 1998).

⁷⁸ La Escuela de París está articulada en torno al Instituto de Estudios Políticos de París y a la revista *Cultures et Conflictes*, editada por Didier Bigo, principal figura de aquélla.

⁷⁹ La biopolítica es la gestión gubernamental a escala nacional, mediante mecanismos de control y coerción, de una población tomada como especie biológica, a fin de afrontar contingencias y necesidades de la vida humana (enfermedad, muerte, alimentación, etc.). La biopolítica utiliza dos instrumentos: el *biopoder*, o serie de tácticas que diferentes instituciones utilizan para controlar a la población a fin de mejorar su salud y bienestar; y el *poder soberano*, basado en la fuerza y la coerción, y que se reserva el derecho a matar para imponer su orden, siendo el racismo una de las herramientas que utiliza para determinar a quién se le ayuda a vivir o se le deja morir.

⁸⁰ ROBERTS, D., «Human Security, Biopoverty and the Possibility for Emancipation», en CHANDLER, D. y HYNEK, N. (eds.), *Critical Perspectives*, op. cit., 2011, pp. 76 y 80.

garantizar la seguridad propia⁸¹. Otra aplicación del concepto de biopolítica es la de Giorgio Agamben, en relación a los discursos y prácticas de *excepcionalismo* en el marco de la GGT tras el 11-S⁸². En opinión de este filósofo, tales discursos y prácticas basadas en el excepcionalismo, en aras de la seguridad nacional han justificado medidas gubernamentales de control biopolítico (torturas, detenciones prolongadas, Guantánamo, etc.) que conculcan el imperio de la ley de las democracias liberales.

Los trabajos sobre la biopolítica global han realizado relevantes aportes epistemológicos al estudio de la seguridad, que se ubican básicamente en dos dimensiones olvidadas por las visiones tradicionales de la seguridad: en el de las relaciones de poder, al interrogarse por cómo las estructuras y mecanismos asimétricos de poder en el sistema internacional neoliberal generan inseguridad; y en el de la identidad de las personas, pues diferencias como las raciales pueden ser determinantes para el disfrute o no de la seguridad, al tiempo que el respeto a la identidad y diversidad culturales sería una condición para que las personas disfruten de su seguridad humana.

Una cuarta corriente crítica en los estudios de seguridad es la de los *enfoques poscoloniales*. Su postulado básico es que las actuales relaciones internacionales de dominación del Sur por el Norte se asientan en un imaginario conformado en Occidente durante siglos, basado en su propia superioridad y en la inferioridad de los otros pueblos, vistos como bárbaros. Esta asunción de una jerarquía de civilizaciones justificó en el pasado la colonización y seguiría operando en la actualidad.

En lo referente a la seguridad, el principal objetivo de esta corriente es cuestionar el sesgo etnocéntrico de los estudios de seguridad y el concepto de seguridad centrado en el Estado⁸³. Así, autores como Tarak Barkawi y Mark Leffey afirman la necesidad de unos estudios no eurocéntricos de seguridad, que deberían valorar los contextos específicos de (in)seguridad vital en los países del Sur⁸⁴, que habitualmente solo se toman en consideración en la medida que se perciban como una amenaza a Occidente. Igualmente, deberían ser más sensibles a las realidades, culturas y valores locales, así como contemplar otros referentes y estructuras diferentes al Estado, y también otras concepciones de la seguridad diferentes a la occidental.

El enfoque poscolonial tiene varios puntos de conexión con el posestructuralismo, como es su cuestionamiento de las grandes narrativas universales, que en realidad son occidentales. También comparten la importancia atribuida a la construcción discursiva de las identidades, en particular la dicotomía entre un

⁸¹ DUFFIELD, M., *Las nuevas guerras...*, op. cit., 2004, p. 28; DUFFIELD, M., *Development, Security and Unending War: Governing the World of Peoples*, Polity, Londres, 2007, pp. 118 ss.

⁸² AGAMBEN, G., *Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life*, Stanford University Press, Standford (EEUU), 1998 (trad.: *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Pre-Textos, Valencia, 1998).

⁸³ BILGIN, P., «The “Western-Centrism” of Security Studies: “Blind Spot” or Constitutive Practice?», en *Security Dialogue*, vol. 41, n.º 6, 2010, pp. 599-606.

⁸⁴ BARKAWI, T. y LAFFEY, M., «The Poscolonial Moment in Security Studies», en *Review of International Studies*, vol. 32, 2006, pp. 329-352.

«Otro» no occidental visto como inferior, subdesarrollado y fallido, y un «Yo» occidental civilizado y superior, discursos que pueden justificar la injerencia de éste en aquél.⁸⁵ Del mismo modo, ha habido varios intentos de aplicar los enfoques de Foucault y Agamben desde la corriente poscolonial, la cual también utiliza ampliamente el concepto de *biopolítica global*. En una línea similar, Achille Mbembe ha formulado recientemente el término de *necropolítica*, basada en la idea foucaultiana del racismo como un instrumento de control biopolítico⁸⁶. La necropolítica consistiría en una nueva forma de gestionar las poblaciones que rige el capitalismo del siglo XXI, en la que la vida de ciertas poblaciones (especialmente africanas) carece de valor para determinados poderes internacionales, generando en ellas una grave inseguridad vital y posibilitando que sean llevadas a la muerte con impunidad. Este enfoque tiene la virtualidad de observar las cuestiones de seguridad desde un prisma inusual, como es la función determinante de la raza.

Como quinta corriente en los estudios críticos de seguridad figuran los *enfoques feministas y de género*, que presentan una gran pluralidad teórica y, además, han experimentado una notable evolución a lo largo del tiempo. En efecto, los primeros trabajos, surgidos a principios de la década de 1980 en el marco de la investigación para la paz, se centraron en analizar los problemas de las mujeres en los conflictos armados, argumentando a veces que los valores de las mujeres son más pacíficos y cooperativos que los de los hombres. Posteriormente, mediante el análisis de género, este campo ha ido formulando cuestionamientos de gran calado ontológico y epistemológico a diversas dimensiones de la seguridad (violencia, justicia, poder, etc.), convirtiéndose en una de las corrientes que más ha contribuido a reformular los estudios de seguridad.

Un primer cometido de los enfoques feministas ha sido el de poner en evidencia el olvido tanto de las mujeres como de las estructuras patriarcales de género en los estudios de seguridad estatocéntricos, centrados en las visiones, intereses y acciones de los hombres. Así, Cynthia Enloe y otras se han centrado en visibilizar la importancia de las mujeres en las relaciones internacionales y en las cuestiones de seguridad, la cual suele quedar oculta por la asunción de que los roles femeninos se corresponden con la esfera privada doméstica y los masculinos con la pública e internacional⁸⁷.

Por su parte, el *feminismo de punto de vista* trata de construir teorías de seguridad tomando como punto de partida el análisis de las visiones y experiencias de las mujeres, y utilizando el género como categoría de análisis. Destacan en esta línea Ann Tickner y su *Gender in International Relations*, de 1992, quizá el primer libro con una elaborada formulación conceptual sobre seguridad desde una perspectiva feminista⁸⁸. Esta variante ha presentado a las mujeres como un

⁸⁵ MGBEOJI, I., «The Civilised Self and the Barbaric Other: Imperial Delusions of Order and the Challenges of Human Security», en *Third World Quarterly*, vol. 27, n.º 5, 2006, pp. 855-869.

⁸⁶ Véase MBEMBE, A., *Necropolítica*, Ed. Melusina, Barcelona, 2011.

⁸⁷ Destaca como obra pionera: ENLOE, C., *Bananas, Beaches, and Bases: Making Feminist Sense of International Politics*, University of California Press, Berkeley (EEUU), 1989.

⁸⁸ TICKNER, J. A., *Gender in International Relations: Feminist Perspectives on Achieving Global Security*, Columbia University Press, Nueva York, 1992.

objeto referente específico de la seguridad, ayudando a comprender cómo la guerra les afecta de forma diferente que a los hombres en función de sus relaciones de poder y sus roles sociales. Igualmente, ha analizado formas de violencia e inseguridad antes invisibles (violación como arma de guerra, prostitución, violencia doméstica, etc.), así como el papel de las mujeres en los conflictos y en los procesos de rehabilitación posbélica. En definitiva, esta línea ha contribuido a trasladar el objeto referente de la seguridad del Estado al individuo, a incluir dimensiones no militares de la seguridad, y a cuestionar la epistemología positivista tradicional al recurrir a metodologías propias de la etnografía y la antropología para estudiar las experiencias de amenaza de las mujeres⁸⁹.

Las visiones anteriores han sido criticadas por el *feminismo posestructuralista*, al entender que esencializan, generalizan y universalizan la categoría de «mujeres», cuando no hay visiones específicamente masculinas o femeninas, sino que las identidades de género son socialmente construidas, diversas y cambiantes, y vienen marcadas también por factores como el tiempo, el espacio, la raza, la clase y la cultura⁹⁰. Para esta visión el objetivo no es tanto visibilizar a las mujeres ni concienciar sobre sus visiones y experiencias, sino analizar la construcción de la identidad de género dominante, masculina y femenina, que determina los discursos sobre seguridad y las ideologías de dominación de género que causan violencia e inseguridad⁹¹.

En conclusión, los estudios feministas y de género han realizado importantes aportes al cuestionamiento de la seguridad, que trascienden del mero ámbito de las mujeres: un análisis centrado en las personas (que puede extrapolarse a diferentes tipos de personas y grupos), la vinculación entre lo privado y lo público y, sobre todo, un cuestionamiento epistemológico al realismo, relativo a su forma de conocimiento de las cuestiones de seguridad, marcado por identidades de género socialmente construidas.

Una última corriente crítica se corresponde a la emergente *teoría verde* de las Relaciones Internacionales, que proporciona los análisis más radicales dentro del campo de la llamada *seguridad medioambiental*. Esa línea toma como referente de la seguridad a la biosfera, entendida como un único sistema complejo basado en la interdependencia entre los seres humanos, sus sociedades y el medio ambiente. Destacan Simon Dalby y Jon Barnett, quienes, en primer lugar, proponen trascender tanto el estatocentrismo tradicional como el antropocentrismo de los estudios críticos, el cual prioriza a los seres humanos y sus necesidades por encima del medio ambiente⁹². En segundo lugar, plantean un radical cuestionamiento al *statu quo*, pues la «seguridad ecológicamente sostenible» requiere sistemas económicos, sociales y políticos alternativos al del libre mercado en

⁸⁹ BUZAN, B. y HANSEN, L., *International Security...*, *op. cit.*, 2009, pp. 208-209.

⁹⁰ Por ejemplo: HOOGENSEN, G. y STUVØY, K., «Gender, Resistance and Human Security», en *Security Dialogue*, vol. 37, 2006, pp. 216.

⁹¹ En esta línea: PETERSON, V. S. (ed.), *Gendered States: Feminist (Re) Visions of International Relations Theory*, Lynne Rienner, Londres, 1992.

⁹² BARNETT, J., *The Meaning of Environmental Security: Ecological Politics and Policy in the New Security Era*, Zed Books, Londres, 2001, p. 1.

expansión⁹³. Así, este enfoque aporta perspectivas transgresoras ante algunos nuevos tipos de vulnerabilidad que afronta la humanidad, y un desafío ontológico y normativo al resto de los estudios sobre seguridad.

5. CONCLUSIONES

Los estudios de seguridad han experimentado una vigorosa evolución y diversificación teórica sobre todo desde el final de la Guerra Fría, estimuladas principalmente por los cambios geopolíticos y por los debates teóricos. Este proceso ha implicado una ampliación de su agenda y la conformación de numerosas corrientes con perspectivas ontológicas y epistemológicas muy diferentes, pero aglutinadas en un espacio teórico común por la utilización del concepto de *seguridad*. De este modo, los estudios de seguridad conforman hoy una de las subdisciplinas con mayores niveles de dinamismo y discusión en las Relaciones Internacionales. Pero, al mismo tiempo, es un espacio que ya no está confinado a estas y que recibe insumos de otras ciencias sociales.

Pese a dicha evolución, siguen predominando los enfoques tradicionales, estatocéntricos y militares, a lo que ha contribuido su revitalización tras el 11-S. No obstante, es innegable el aporte normativo y teórico realizado por otras corrientes que cuestionan aquellos, como la seguridad humana y los estudios críticos de seguridad. Estos últimos, sobre todo, han contribuido a una mejor comprensión de la incidencia que los factores ideacionales y los discursos tienen en la concepción de la seguridad y en la definición de las políticas al respecto, desvelando nuevas dimensiones de la seguridad antes ocultas. También han ayudado a contemplar otros referentes de la seguridad, principalmente las personas, y a contemplar estas no como individuos aislados y abstractos, sino como seres insertos en una determinada realidad social, la cual condiciona tanto su vivencia como su percepción de las amenazas y de la seguridad. En efecto, los estudios críticos han explorado las implicaciones ontológicas y epistemológicas que para la seguridad tienen en particular dos dimensiones sociales habitualmente ignoradas por las perspectivas tradicionales. Por un lado, las identidades, sobre todo las de género, pero también otras como la raza o la cultura local, que ayudan a entender diferentes experiencias vitales de las amenazas y concepciones diversas de la seguridad. Por otro, las relaciones de poder a diferentes niveles (social, internacional, de género, intelectual, etc.), que delimitan las realidades de inseguridad, así como nuestra comprensión de éstas y la respuesta a las mismas.

⁹³ DALBY, S., «Security, Modernity, Ecology: The Dilemmas of Post-Cold War Security Discourse», en *Alternatives*, vol. 17, n.º 1, 1992, pp. 116-117. Del mismo autor es una de las principales obras en la materia: *Environmental Security*, University of Minnesota Press, Minneapolis (EEUU), 2002.